

LA CONJURA COMO ACTIVIDAD HEROICA

Miguel Pastor Pérez (UNED - Centro Asociado de Sevilla)

Resumen

No se trata tanto de legitimar la conjura como de entender las motivaciones de los hombres de una época emergente que se configura sobre nuevos valores vitales, sociales y políticos, dentro de los cuales puede estar la conjura como actitud heroica.

Descriptores: conjura, heroicidad, Renacimiento, Maquiavelo, Gracián, filosofía política

Abstract

It is not a so much a matter of justifying conspiracy as to understanding men's motives within the frame of a rising era which rest on new ultimate social and political values in terms of which conspiracy may be viewed as a heroic attitude.

INTRODUCCIÓN.

Desde la perspectiva más clásica siempre se ha aceptado, con la mayoría de la literatura existente, que para Maquiavelo el héroe es siempre el héroe-príncipe, el héroe de la razón de Estado, un héroe cuyo problema fundamental es que su virtud descansa en el entramado problemático de las relaciones entre ética y política, pues en el orden de los hechos la justificación o legitimidad de la política está en el éxito y no en los principios morales. De este modo, la moral no es ni el límite ni el subsuelo de la actividad política. Son dos mundos aparte con sus propias justificaciones. A la razón de la moral se opondrá la razón de Estado o razón política(1).

Aún aceptando esto, aquí vamos a partir de una consideración distinta. Creemos que para el florentino hay tres tipos (básicamente) de héroes, de heroicidad. El héroe encarnado en el príncipe, el héroe civil y libre (ciudadano de la república), y el héroe conjurado, mezcla de los dos tal vez, pero sin duda el de más difícil ejercicio, el de más prolija heroicidad, el de más difusa descripción. De los dos primeros la literatura existente es cuantiosa y densa, y aunque nos referiremos a ellos, a sus elementos constitutivos, pues también de estos estará constituido nuestro conjurado héroe, en éste último nos vamos a centrar.

RENACIMIENTO Y HUMANISMO.

El héroe que vamos a sugerir, va más allá de la propia *virtù*, más allá de los valores del propio príncipe, más allá del propio ciudadano, porque será un compendio del sentir y el vivir de toda una época que muere y en cuya muerte están implicados mil años del hacer europeo, del reflexionar, del vivir desde la religiosidad cristiana, pero al mismo tiempo deberá manifestar, intuir, proponer y ejecutar los valores de un nuevo tiempo emergente, de unas nuevas formas de relación social, de un nuevo modo de enfrentar el mundo y la vida, desde la propia identidad humana, para otros mil años.

"Perdida la fe en la religión, en el derecho en la moral como factores ordenadores, solo quedaban firmes dos cosas: el hombre y el mundo. Un hombre que, dejado de la mano de Dios y solo frente al mundo acepta su reto y está dispuesto a enfrentar al mundo con las armas del mundo. [...] Se trata de un hombre impulsado por el afán de dominio ilimitado y dotado de una tremenda potencia destructora para lo caduco y de un extraordinario vigor para las nuevas formas"(2).

Esto es el Renacimiento. El espíritu del hombre renacentista es la seguridad de sí, a la vez que una apertura que se transforma en esperanza y desesperación. De este desarrollo deriva una nueva forma de valorización hacia el exterior: el sentido moderno de la gloria. Con el renacimiento aparece el sentido moderno de la "gloria" que era junto con el honor esa especie de "enigmática mezcla de conciencia moral y egoísmo". El honor es compatible con la ambición inmoderada, con los grandes vicios, y es capaz de enormes engaños, pero es posible también que todo lo noble en una personalidad se vincule a él y saque de su caudal nuevas energías.

La gloria se entiende ahora como la notoriedad alcanzada personalmente. El individuo es ahora el administrador de la gloria y hasta de la inmortalidad. Una gloria cuya verdadera expresión sería la ambición más colosal y la mas profunda sed de grandeza(3).

Ello sólo sería posible en una sociedad en la que se diera la equiparación de clases, en la que emergiera una sociedad general, es decir en una nueva estructura social en donde surge con pleno poder lo subjetivo: el hombre se convierte en individuo espiritual, abundancia y desarrollo de lo individual, o producción de un estilo personal, dirán otros interpretes, en donde nadie teme llamar la atención, ser distinto de los demás y parecerlo. Acuciado por la necesidad el espíritu de estos hombres aprende a conocer sus propios recursos internos, tanto los duraderos como los del momento. Por eso ahora las virtudes se llevan a todas partes con uno mismo.

El valor fundamental de los humanistas era ciertamente la "humanidad" (*humanitas*) entendida como una cualidad que podía aprenderse mediante ciertos estudios (*studia humanitatis*). Pero el humanismo se prestaba a ser no sólo escuela de erudición, sino instrumento político y estilo de vida para grandes señores. Así, con el humanismo los

grandes tenían poco que perder y mucho que ganar(4). En la variedad, a su medida, el humanismo les enseñaba a duplicar sus horizontes con un orbe ideal más rico y más completo que cualquier otro (inmensamente más rico y más completo, por supuesto, que el mundo de la caballería artúrica y carolingia cuyas leyes iban destinadas a un grupo social sólo relativamente nuevo, los caballeros, combinación de coraje, destreza y capacidad de mando), un orbe que rebosaba en puntos de referencia con los que confrontarse a cualquier propósito, que invitaba a literalizar estilizando la vida, refinaba el ocio y la conversación, proporcionaba una elegancia inédita con que distinguirse, no ya del común de los mortales, sino entre las filas de la propia *élite*, uniendo el comportamiento ético con el comportamiento estético. Era un universo cultural nuevo, polivalente, manejable, cómodo, en el que la importancia la tenía el "mérito" frente al nacimiento. Y así, Dante encuentra una nueva patria en el lenguaje y la cultura de Italia. Una patria nueva en la que será ya siempre un ciudadano y nunca jamás un súbdito. Lo que H. Baron ha llamado el primer humanismo "cívico".

Incluso en la política era el humanismo maleable. Los cancilleres florentinos, especialmente, supieron poner a la altura de los tiempos, al divulgar, una serie de motivos que en más de un caso venían rodando desde la edad comunal —cuando no se trataba lisa y llanamente de universales políticos—, formulándolos con una nitidez y un vigor deslumbrantes. En boca de un Coluccio Salutati o un Leonardo Bruni, las alabanzas de la libertad y de la igualdad, las virtudes de Catón o la grandeza de Roma antes del Imperio cobraron una fuerza que no había tenido antes, porque ahora se articulaban en unas vivencias cívicas más próximas, en una visión más rica de la Antigüedad y en una concepción más profunda de la cultura como actividad con inevitable alcance social. Así la *Laudatio Florentinae urbis* refleja una realidad cuando afirma que a orillas del Arno "de varios estamentos ha nacido una suerte de igualdad, pues a los mayores los defiende su poder; a los menudos la república; y a unos y a otros, el temor del castigo... Pareja es la condición de todos, porque la república sale por los fueros de quienes menos pueden"(5).

Es en la trama de lo social, de lo político, del Estado tal como aparece en Italia sea bajo la forma de República, sea bajo la forma de Principado lo que caracteriza al hombre moderno, del cual el italiano es el primer y originario exponente, aunque sería un error pensar que únicamente los italianos eran activos y creadores en esa época.

El Estado-Nación es por ello, el imaginario por excelencia en las formas modernas de la política, en tanto elemento generador y aglutinador de los procesos de identidad ético-política.

Pero no sólo en la clase dominante se observan estos impulsos: también en los dominados se echaba de menos. Los que pertenecían a los partidos derrotados y subyugados, se encontraban a menudo en situación parecida a los vasallos de los Estados despóticos, sólo que el hecho de haber disfrutado ya de la libertad o del poder,

y acaso la esperanza de recuperarlos, prestaba más alas aún a su individualismo, pues, de hecho, sólo desde el individualismo se podrá vivir con ciertas garantías este despacible mundo.

HÉROE Y HEROICIDAD.

No vamos a tratar aquí una elaboración del concepto de heroísmo, pero si apuntaremos algunas notas generales para comprender mejor al "nuevo" héroe maquiaveliano, su "habitus" como estilo peculiar de conducirse.

Ante todo, y aunque es un modelo, el héroe es un hombre con todas las miserias de la especie humana. Pero tiene la obsesión, como búsqueda, como deseo, como anhelo, de penetrar en el misterio, porque vislumbra la posibilidad de conocerlo, de transformar la simple posibilidad en libertad efectiva. El héroe se debate en un mundo de apariencias aceptadas intentando divisar el horizonte sustancial. La realidad de su existencia esta en su actuación, se conocerá por sus frutos, rebelándose contra la providencia, el destino o la fatalidad que parecen arrastrarlo. Al tomar consciencia de su misión sabe quien es o, mejor, quien quiere ser. Su esfuerzo se sale de la ley común general. Por eso, el héroe se toma su papel muy en serio, a medio camino entre el antiguo significado de *sprezzatura*, aquello a lo que por su valor no se puede poner precio, y el emergente de "desenvoltura", de actuar con la capacidad de improvisar.

El héroe diseña las excelencias, los valores ideales que deben conformar el modelo moral de carácter abstracto y en este sentido es un arquetipo, es decir atribución a una personalidad imaginaria o a un personaje histórico de las características propias de la perfección conceptual correspondiente. El arquetipo es experiencia acumulada y síntesis de las notas de perfección inducidas de tal experiencia, de acuerdo con el previo concepto, pero lo que interesa ahora es la concreción como guía para el comportamiento de sus contemporáneos en el ámbito de lo político, como guía para el pensamiento y la acción de los grupos.

EL HÉROE CONJURADO.

Este es el héroe conjurado. El héroe es la categoría última desde la cual todo arquetipo se cualifica a través de las excelencias (o primores) y aunque esta caracterización es esencialmente graciana (*Formáronle prudente Séneca, sagaz Esopo, belicoso Homero, Tácito político, y cortesano el Conde(6)*), autor, además, cuya obra ayudó a adaptar el humanismo al mundo de la corte y el mundo de la corte al humanismo), también éste es, en parte, el héroe que el Secretario va desgranando a lo largo de muchas de sus obras, lo cual justifique lo primero por lo segundo, (recuérdese si no los casos de Fernando el Católico, Cesar Borgia, Soderini, o la dedicatoria de los

Discursos) a veces en tono jocoso, a veces en tono menos divertido, siempre de forma precisa y en muchas ocasiones sin darse cuenta pensamos, pero que localizaremos sintéticamente en dos textos capitales: el capítulo siete del Libro III de los *Discursos sobre...* y el capítulo trece del Libro III de la *Historia de Florencia*.

No se trata de un heroísmo bélico, tal y como normalmente se interpreta la palabra héroe, sino del conjunto de facultades y conocimientos que hacen a un hombre sobresaliente en todo y vencedor de la ocasión. Ahora es laboriosidad, actividad racional y eficaz, sabia y prudente, cálculo de lo útil dentro del juego de las fuerzas mundanas, suma de cualidades requeridas para rendir servicio a la sociedad política sabiendo que este dominio no es absoluto, que tiene límites y que tiene que acomodar su decisión y su acción a la necesidad. Es sinónimo de fuerza individual, acción mundana, éxito, capacidad, valía y valor, o en otros términos *plenitud del valor ético y político(7)* del hombre libre.

Al respecto Maquiavelo entra directamente en materia considerando ante todo contra quien se hacen las conjuras: o contra la patria, en cuyo caso más que de conjura hay que hablar de intento de imponer la tiranía(8), o contra un príncipe.

Mientras que poder hacer la guerra a un príncipe es algo reservado a unos pocos, cualquiera tiene posibilidades de forjar una conjura contra él, introduciendo Maquiavelo una inflexión política sobre el carácter universal o generalista y democrático de las conjuras.

Así analiza primero las que se realizan contra un príncipe examinando sus muchas causas, aunque la primera, y no por obvia, es la de ser odiado por el universal, situación en la que se pone el príncipe por sus ofensas a algunos cuyos deseos de venganza se verán acrecentados por el descontento de la colectividad(9). Esboza a continuación una tipología de las posibilidades de injuria por parte del soberano contra el particular sintetizando tres. En los bienes, en la vida y en el honor. Respecto a las injurias contra la vida son mucho más peligrosas las amenazas que las ejecuciones. El ejecutado, desde luego, no se puede vengar, mientras que el amenazado se siente constreñido con necesidad a hacer o padecer volviéndose peligrosísimo para el gobernante.

Siendo consciente y respondiendo, por otra parte, a lo que son los valores emergentes de la nueva época, los bienes y el honor, dice Maquiavelo, son las dos cosas que, si se ven dañadas, son más sentidas por los hombres que cualquier otra ofensa, incluso el asesinato del propio padre dirá en otro lugar, y *el príncipe se debe guardar de tocarlas(10)*. Y es el deshonor hacia las mujeres propias y el vilipendio de la propia persona, en este orden, lo que más afecta e importa a los particulares.

Evidentemente Maquiavelo no es ajeno a los grandes peligros que supone la planificación, ejecución y resolución de una conjura, pero justo en ese arrostrar peligros y afrontar dificultades, así como asumir sus consecuencias se manifiesta el carácter

del héroe. Como fases de una conjura podemos considerar su trama o planificación, que exige una caracterización personal que luego desarrollaremos; la puesta en ejecución y realización, también con unas determinaciones propias y sugestivas; y el control de las situaciones, que pueden ser varias y distintas, tras haberlas ejecutado.

Tanto si los conjurados son muchos, situación que objetivamente implica aumentar y multiplicar los riesgos y peligros que se corren en una conjura, como si es sólo uno, la actitud que debe caracterizar a los conjurados es la determinación de ánimo, que iguala a cualquier hombre, grande o pequeño, noble o villano, cortesano o no, hasta el punto de suplir esta abundancia de ánimo la falta de todo lo demás, siendo siempre el primero que llega a la dificultad, y vence. "Para un caballero animoso, nunca hay arma corta; porque con hacerse él un paso adelante, se alarga ella bastantemente, y lo que le falta de acero, lo suple el corazón, de valor"(11).

Es cierto que históricamente las conjuras se han fraguado entre varios, y casi siempre poderosos y cortesanos, pues objetivamente sería una locura intentarlo para el débil y solitario, pues para éste al planearlo no hay pena ni peligro alguno (honor, heroicidad y fama), es difícil ponerlo en práctica y de los que lo hacen, pocos o ninguno han salido con vida del lugar de los hechos, y no es fácil que alguien quiera encaminarse a una muerte casi segura, por lo que cabe alabar su intención, pero no su prudencia.

Después de resaltar que quien esta en mejores condiciones para conjurarse contra el tirano es el poderoso y el cortesano, Maquiavelo introduce *ad hoc* un nuevo motivo de conjura, aunque tal vez habría que considerarlo un matiz psicológico que define y caracteriza toda una subyacente teoría antropológica. Dice que tanto el exceso de beneficios como el exceso de injurias mueve a aquellos particulares a conjurarse contra el príncipe, quién dotándolos de tanta riqueza, honor y poder, haría parecer que a su grandeza no le sobraría el título principesco, pues en ellos es mucho mayor el deseo de mandar que el de venganza.

Ahora el individuo mismo tiene el talento y la prestancia de un príncipe perfecto, y la falta de afección de su serena habilidad, tanto en lo externo como en las cosas del espíritu presume un carácter demasiado independiente. El resorte íntimo que le mueve tiene como fin menos el servicio del príncipe que el interés de la propia perfección, menos el deber que "l'onore".

De cualquier forma y respecto a la primera fase de toda conjura, las condiciones de necesidad para una eficiente planificación son, ante todo, un elemento subjetivo, que no obstante exige objetividad y frialdad por parte de los conjurados y este es la extrema prudencia; y un elemento objetivo, que aunque escapa al control de los implicados forma parte de las condiciones vitales fundamentales de la nueva época y del nuevo hombre y este es el azar, la fortuna, que es el contrapunto de la voluntad humana(12).

El fallo de estas condiciones supone el descubrimiento por delación, al ponerse en manos de hombres poco prudentes o poco fiables, o por conjetura que se debe en muchas circunstancias al puro azar. Ello le sirve de nuevo a Maquiavelo para esbozar otro rasgo de la naturaleza humana en cuanto los hombres se engañan a menudo respecto a los sentimientos que les profesan los demás, por lo que nunca pueden estar seguros de nadie sin haberlo puesto a prueba y hacerlo es muy peligroso. Es imposible, pues, evitar que la conjura pueda descubrirse, por malicia, por imprudencia o por ligereza, en cuanto los que están en el secreto son varios. En definitiva la prudencia supone ánimo, coraje y disposición y pasa por no dar tiempo a los conjurados para la duda y comunicarles los planes en el momento o casi de ponerlos en práctica de modo que no puedan rehusar y confíen en el éxito de la empresa.

No son menos las aventuras y peligros que afectan a los conjurados en la segunda fase de la empresa: la ejecución. Situación de peligro que viene dada o por un cambio de planes, o por algún error imprudente, o por flaquear el ánimo de los conjurados o por no completar los fines propuestos.

La primera posibilidad es la más enajenante, la que más desorden y obstáculos provoca. La duda o flaqueo de ánimo puede sobrevenir por respeto hacia el objetivo a causa de su majestad o reverencia o por propia cobardía que provoca indecisión o espanto. La negligencia sólo, puede provenir de que la presencia del príncipe turbe o su humanidad humille. Inconvenientes que nacen de la poca prudencia o del escaso valor. Así se sufre castigo por aquel mal que se ha podido y no se ha querido hacer y se soporta el castigo que la maldad y la imprudencia hacen merecedores.

La ejecución puede ser también interrumpida por una falsa imaginación que surge fácilmente ya que quien tiene la conciencia sucia cree fácilmente que están hablando de él, o por una circunstancia imprevista que surja en el lugar de los hechos, que en cuanto raro son de difícil prevención y exige tratar de pensar en todos los accidentes que podrían producirse y buscar remedio a ello.

Por último cabe señalar el riesgo que se produce después de la comisión de los hechos que se reduce a que alguien este dispuesto a vengar al príncipe muerto. Riesgo que es imposible evitar cuando sobrevive algún pariente carnal próximo del difunto no debido a la negligencia de los conjurados. Aunque el peor y más temible peligro a enfrentar tras la ejecución se produce cuando el pueblo es amigo del príncipe asesinado, porque ni se puede remediar de modo alguno, ni hay modo alguno de ponerse a salvo.

El otro motivo grande, importante y fundamental que induce a los hombres a arriesgar su vida y su patrimonio y tramar conjuras contra el príncipe tirano es el deseo de liberar a la patria oprimida, y de este odio no puede salvaguardarse ningún tirano(13). Cuando Galeazzo Maria Sforza fue asesinado el día de San Esteban de 1476, la explicación oficial fue que los tres jóvenes conjurados "studiavano il Catilinario" y no tenían "altro

fundamento" sino la esperanza de que "ognuno si dovesse levare e gridare libertà" y el deseo de "immitare quelli antichi Romani et essere liberatori della patria".

Era lo que les había enseñado su maestro e instigador, el humanista Nicola Montano, mientras desde la escuela veían pasar el suntuoso cortejo del señor de Milán. "Los historiadores de hoy tienen razón en no contentarse con la máscara de Bruto y en buscar causas y acicates en el descontento de la nobleza y en las conspiraciones antiducales. Pero —añade acertadamente Garin— harían mal en no dar la importancia debida a las motivaciones ideológicas, a las ideas-fuerza que armaron a los conjurados, y que ya no eran los valores tradicionales, sino los ideales y los modelos clásicos, iguales en Roma y en Bolonia, en Florencia como en Milán"(14).

Tal vez por ello, en Florencia la *Política* se hacía republicana y democrática (por tradición local y porque, en definitiva, estar en minoría en una asamblea no robaba poder efectivo a las grandes familias, y también las pequeñas tenían que contribuir a enjugar el creciente déficit comunal), mientras que en Milán, al tiempo que la *República* se latinizaba por partida doble, la timocracia ensalzada por Platón se identificaba con el régimen de Gian Galeazzo Visconti;

El otro tipo de conjuras a analizar son las realizadas contra la patria. Están parecen menos peligrosas para sus realizadores que las que se tramam contra los príncipes, pues conllevan menos peligros en su organización, los mismos en la ejecución y ninguno después de ella. Los riesgos y dificultades de una conjura contra la patria son más bien de carácter organizativo-militar y económico frente a las fuerzas de defensa y pocos tienen la astucia militar para el golpe de mano. En definitiva pocas o muy pocas conjuras contra la patria han fracasado en su organización y preparación, sino que todas han triunfado o fracasado en la ejecución.

Todavía más significativa que esta imagen del héroe que se puede conjurar del capítulo seis del Libro III de los *Discursos...* es sin duda la que expone el Secretario en el capítulo XIII del Libro III de la *Historia de Florencia*. En este caso el héroe es un sujeto de la plebe, en concreto del Arte de la lana, que Maquiavelo caracteriza a partir del rencor y del miedo al castigo por los desmanes cometidos *como uno de los más decididos y experimentados*(15) que habló al resto con la intención de animar y al mismo tiempo legitimar sus acciones, en unos términos que nos dan un vivo retrato de los valores emergentes de una clase aún oprimida a la búsqueda de una identidad que ya no se reconoce en la tradición, en realidad no se reconoce en casi nada del pasado pero que tampoco todavía sabe bien cual es su papel social, su lugar histórico en el devenir de una sociedad que se esta haciendo a base de luchas, trabajo y sufrimiento.

El punto de partida del discurso del dirigente de la plebe es una situación consolidada pero de alto riesgo, de difícil aunque no imposible marcha atrás que por otra parte supon-dría un fracaso histórico del que se tiene conciencia, en la que se han alzado las armas, saqueado e incendiado casas de conciudadanos poderosos y despojado y expoliado

iglesias y bienes religiosos. Y en la que se cuestiona por una parte las posibilidades de triunfo, y por otra se plantea la necesidad de legitimar la situación y su propio carácter legitimante, es decir sobre qué principios se puede legitimar lo que esta sucediendo, que por su trascendencia marcará, y se tiene conciencia aunque liviana, una nueva época, ya que en la legitimación del poder la concepción de la historia juega un papel determinante. Por ello el decidir ahora el inmediato futuro desde los hechos ocurridos o mejor realizados pasa quizás por aprobar que se prefiriese una tranquila pobreza (la *gravità*, la tranquila dignidad popular) a una peligrosa ganancia. Ahora bien el análisis correcto, lúcido y frío de la situación tal vez nos lleve a considerar que la propia necesidad nos indica que el mantenimiento de la fuerza coercitiva permitirá hallar defensa frente a los males cometidos. Los resultados deben girar en torno a dos temas que se deben constituir como fines en las deliberaciones. El primero es articular los medios para que no pueda revertir en la plebe (los menudos) castigos ni amenazas por los hechos acaecidos. Y el segundo y más importante, poder en adelante vivir con más libertad y en mejores condiciones materiales que en el pasado.

Sin embargo, el modo de obtener estos fines puede sorprendernos en principio aunque responden a la estrategia más liviana de la lógica de dominación burguesa. Solo es posible obtener la conmutación si son muchos los implicados, los cómplices, porque cuando son bastantes los que yerran el castigo se diluye hasta desaparecer; y por otra parte, y al mismo tiempo, conviene aumentar los daños y saqueos, la quema y la destrucción porque a las faltas pequeñas se les sanciona y reprime mientras que las graves y grandes se les premia y olvida, tal vez para que no se repitan. Pero el razonamiento del dirigente de la plebe no se detiene aquí. Sucede además que cuando son muchos los que padecen las tropelías, los efectos de la acción revolucionaria, son pocos los que tratan de vengarse por su cuenta porque los daños que implican a muchos son mas llevaderos que los que tiene que soportar uno solo, o unos pocos significados y significativos.

Esta peculiar lógica, diríamos hoy de la criminalidad, sigue teniendo, sin duda, una azorante actualidad.

Sintéticamente expuesto, solo el aumento generalizado, universal diríamos, de la destrucción y el daño puede inducir el perdón y servir como posibilidad mediada hacia el fin perseguido que no es otro sino el de la libertad de los más. Una libertad que es victoria y que, sin embargo, no puede venir dada sino por la desunión y la riqueza de los menos, los poderosos cuya desunión proporcionará la victoria y cuyas riquezas una vez traspasadas de manos servirán para mantener esa victoria y la libertad.

Lo más interesante, lo que mejor denota el espíritu de los nuevos tiempos, aquello que refleja el genuino sentir y adscripción del pensamiento maquiaveliano en cuanto individuo de su época es, sin duda la justificación ideológica, racional de la plebe sublevada contra el status quo. "No os deslumbre la antigüedad de su estirpe... porque todos los hombres, habiendo tenido un idéntico principio, son igualmente antiguos, y

la naturaleza nos ha hecho a todos de una idéntica manera [...] porque son sólo la pobreza y las riquezas las que nos hacen desiguales"(16).

A partir de aquí se abren una serie de argumentaciones de carácter racionalista y calculador, conceptos que para muchos autores serían sinónimos en esta época, sobre las motivaciones y fines que guiarían el abandono de una situación estratégica, política y socialmente ventajosa. ¿En función de qué abandonar ahora?, ¿por motivos de conciencia? "Ni la conciencia ni la mala fama os deben desconcertar, porque los que vencen, sea cual sea el modo de su victoria, jamás sacan de esta motivos de vergüenza. En cuanto a la conciencia no debemos preocuparnos mucho de ella porque donde anida, como anida en nosotros, el miedo del hambre y de la cárcel, no puede ni debe tener cabida el miedo del infierno [...] pues todos aquellos que han alcanzado grandes riquezas y gran poder, los han alcanzado o mediante el engaño o mediante la fuerza; y luego para cubrir lo ilícito de esa adquisición, tratan de justificar con el falso nombre de ganancias lo que han robado con engaños y con violencias." (17).

Además los que dejan de emplear estos sistemas viven sumidos por siempre en la esclavitud y la pobreza. Los únicos que pueden librarse de la esclavitud son los infieles y los audaces, y los únicos que se libran de la pobreza son los ladrones y los tramposos.

Las consideraciones sobre el carácter de la propiedad que elabora el Secretario y que están puestas en boca del dirigente popular no pueden ser más "modernas". Ante todo atribuye un origen natural a la disposición de los bienes. Bienes que la naturaleza pone en medio de los hombres mismos quedando aquellos más al alcance del robo que del trabajo y más al alcance de las malas que de las buenas artes, sancionado luego, eso sí, por un esbozo de "contrato".

Se induce, y así lo hace Maquiavelo, el carácter conflictivo de toda relación social y del origen de todas las relaciones sociales. "De aquí nace que los hombres se coman los unos a los otros y que el más débil se lleve siempre la peor parte" (18).

Este planteamiento originario justifica que se deba emplear la fuerza siempre que se presente la ocasión. Y ninguna ocasión mejor puede ofrecer la fortuna que la que se da para los conjurados, teniendo a los enemigos divididos y desconcertadas las fuerzas de la opresión por lo que pueden ser fácilmente aplastados.

De estas prácticas bien guiadas y seguidas solo se puede seguir el dominio de la ciudad o tal acumulación de poder, que no solamente se condonaran las faltas sino que se estará en posesión de una fuerza tal que permita poder amenazarlos de nuevo con más daños.

El orador, el dirigente popular, el "nuevo héroe", es consciente de que las decisiones que propone son audaces y peligrosas, pero estos caracteres responden a la necesidad

que acecha y que convierte la audacia en prudencia y al peligro que rodea las grandes empresas y decisiones como el marco del cual jamás se puede salir sin peligro.

Hay que enfrentar además el hecho de que el enemigo prepara la cárcel, el tormento y la muerte, y ante esta circunstancia es más peligroso el estar quietos que el tratar de liberarse de ellos, porque en el primer caso los males son seguros mientras que en el segundo son sólo posibles. Es el momento histórico de invertir la situación social, de crear un nuevo orden epocal, pues las oportunidades que el azar propone pasan rápidamente y una vez pasadas es inútil todo intento de retomarlas.

Por todo ello hay que tomar la iniciativa y adelantarse a los planes pues "el primero que empuñe las armas saldrá sin duda vencedor, con ruina del enemigo y encubramiento propio. Con ello, muchos de nosotros alcanzaremos honra (por qué no gloria podemos añadir nosotros), y todos lograremos la seguridad"(19).

Queremos ver aquí, por una parte, más que una justificación o legitimación de la conjura o de la conjuración, el dibujo de un nuevo tipo de hombre que quiere fundamentar su vida en la libertad mostrando claramente las contradicciones de la sociedad de su época: sus carencias, sus limitaciones y sus excesos, y que actúa para transformarla. Este es el héroe conjurado.

NOTAS.

- (1) No deja de ser curioso, por ello, que un autor, como B. GRACIÁN, que reniega de la razón de Estado en la concepción boteriana-maquiaveliana le indique *Al Lector* respecto a su Héroe que *Aquí tendrás una, no política, ni aún económica, sino una razón de Estado de ti mismo*, en *El Héroe en Obras Completas*, II vols. Turner, Madrid, 1993, vol II, pág. 7.
- (2) M. GARCÍA-PELAYO, *Del mito y de la razón en el pensamiento moderno*, Madrid, Revista de Occidente, 1968, pág. 268.
- (3) Cfr. WEISE, G. *L'ideale eroico del rinascimento e le sue promesse umanistiche*. Edizioni Scientifiche Italiane, Nápoles 1961. Ver tamb. J. BURCKHARDT, *La cultura del Renacimiento en Italia*, Sarpe, Madrid 1985.
- (4) Conciencia temprana de esas ventajas supuso ya el Rey Alfonso de Aragón (el Magnánimo), que sabía que "el mundo se rige en la mayor parte por opinión" y que la "opinión" entonces más estimada llegaba al campo de los *studia humanitatis*. Cfr. F. RICO, *El sueño del humanismo. De Petrarca a Erasmo*. Alianza Universidad, Madrid, 1997, pág. 55.
- (5) Edición de H. BARON, *From Petrarch to Leonard Bruni*, Chicago 1968, pp. 232-262.
- (6) B. GRACIÁN, *El Héroe en Obras Completas*, II vols. Turner, Madrid, 1993, vol II, pág. 7. Pero más significativos son los epígrafes con los que el jesuita intitula los distintos "primores" que deben constituir al héroe, si se comparan con aquellos que dan razón del propuesto por el Secretario. Los exponemos a continuación con un lenguaje libremente actualizado, remitiendo para la comparación al análisis realizado de la obra de Maquiavelo en nuestro trabajo citado infra (Nota 12).

- Primor Primero: Saber dejar con la miel en la boca. La mejor acción debe dejar siempre esperanzas de mayores.
Primor II: Encriptar las intenciones o disimular los ímpetus del afecto.
Primor III: Rapidez y mordacidad o agudo ingenio.
Primor IV: Hacer de tripas Corazón o temple de ánimo.
Primor V: Gusto relevante.
Primor VI: Ser el primero en todo lo mejor.
Primor VII: Ser el mejor en todo lo primero.
Primor VIII: Asumir sólo empresas plausibles.
Primor IX: Reconocer y cultivar la habilidad o destreza que se posee.
Primor X: Analizar y afrontar la fortuna antes de empeñarse en una tarea, pues valor y fortuna son los ejes de la heroicidad.
Primor XI: Dejar pasar la ocasión es vencer si la fortuna se presenta adversa.
Primor XII: Saber ganar la voluntad de las gentes.
Primor XIII: Despejo tanto en decir como en hacer o en discurrir. Realce de los mismos realces, garabato, donaire, brío, despejo, desenfado.
Primor XIV: Imperio natural de sí y sobre los demás.
Primor XV: Ser simpático tanto como saber caer simpático.
Primor XVI: Empezar grandes empresas que dan renombre nunca mediocres ignotas.
Primor XVII: Actuar siempre sin afectación, pues esta es el lastre de la grandeza.
Primor XVIII: Emulación de ideas que no imitación.
Primor XIX: Permitir deslices menores para evitar males mayores.
Primor último y corona: Saber combinar heroicidad y piedad o grandeza y religiosidad.

- (7) L. GEYMONAT, *Historia de la Filosofía y de la Ciencia. Del Renacimiento a la Ilustración*, (vol. 2), Crítica, Barcelona, 1985, pág. 57.
(8) ver los términos y las consecuencias de este tipo de conjuras en la *Historia de Florencia*, libro VII,1 y VIII,1.
(9) Véase al respecto los capítulos 17 y 19 de *El Príncipe* donde propone el secretario los medios para evitar esos sentimientos hacia él.
(10) *Discursos...* pág. 303.
(11) Esta caracterización del Héroe pertenece a Gracián (op. cit. pág. 15), pero sin duda Maquiavelo estaría de acuerdo con ella.
(12) Ver al respecto, "El concepto de Virtù-Fortuna. Categorías constitutivas de la praxis política", en M. PASTOR, *El Arte de la simulación. Estudios de Ciencia y política en N. Maquiavelo*. ORP, Sevilla 1994. pp. 66-76.
(13) *Discursos...* pág. 304
(14) E. GARIN, *Umanisti artisti scienziati. Studi sul Rinascimento italiano*, Roma 1989, pp. 191-192.
(15) N. MAQUIAVELO, *Historia de Florencia*. Alfaguara Ediciones, Madrid, 1979, pág. 172.
(16) *Ibid.* pág. 173
(17) *Ibidem.*
(18) *Ibid.* pág. 174.
(19) *Ibidem.*

BIBLIOGRAFÍA

- H. BARON: *From Petrarch to Leonard Bruni*, Chicago, 1968.
J. BURCKHARDT: *La cultura del Renacimiento en Italia*, Sarpe, Madrid 1985.
P. BURKE: *Los avatares de "El Cortesano"*, Gedisa Editorial, Barcelona, 1998.
M. GARCÍA-PELAYO: *Del mito y de la razón en el pensamiento moderno*, Revista de Occidente, Madrid, 1968.
E. GARIN: *Umanisti artisti scienziati. Studi sul Rinascimento italiano*, Roma 1989.
L. GEYMONAT: *Historia de la Filosofía y de la Ciencia. Del Renacimiento a la Ilustración*, (vol. 2), Crítica, Barcelona, 1985.
B. GRACIÁN: *Obras Completas*, 11 vols. Turner, Madrid, 1993.
N. MAQUIAVELO: *Historia de Florencia*, Alfaguara Ediciones, Madrid, 1979
— *Los Discursos sobre la Primera década de Tito Livio*, Alianza Editorial, Madrid, 1987
— *El Príncipe*, Alianza Editorial, Madrid, 1981.
M. PASTOR: *El Arte de la simulación. Estudios de Ciencia y política en N. Maquiavelo*, ORP, Sevilla, 1994.
F. RICO: *El sueño del humanismo. De Petrarca a Erasmo*, Alianza Universidad, Madrid, 1997.
G. WEISE: *L'ideale eroico del rinascimento e le sue promesse umanistiche*, Edizioni Scientifiche Italiane, Nápoles, 1961.